

que la fé, habia alguna cosa mas que el poder de aquí abajo, alguna cosa mejor que el esplendor de la tierra.

Mas adelante estas mismas tropas, como ilustradas por el Señor, debian probar con su admirable conducta en Roma, que no solo eran las mas valientes de Europa, sino tambien las mas cristianas. Entre ellas y el Padre Santo debia hacerse un cambio maravilloso; le habian dado su valor y él las comunicaba su fé.

El coche pontificio se adelantó lentamente en medio de los trasportes de la multitud. La cruz de Cárlo-Magno habia salido al encuentro del sucesor de San Pedro. No se oia el fatal grito de sediciones: ¡Viva Pio IX! El pueblo con el admirable instinto que le es propio cuando no se deja estraviar, exclamaba: ¡Viva el Papa! ¡Viva el Padre Santo! No era entonces el instrumento de los ridículos parodistas del viejo Bruto, sino que obraba por sí mismo, y era él, él solo, en fin, en la franca sencillez de la fé de las primeras edades.

El Soberano Pontífice subió las gradas de la iglesia al son de los tambores y de los vítores. En aquel momento era tal la embriaguez popular, que precipitándose los romanos á sus piés con el rostro en tierra, le formaban un tapiz humano.

Desde San Juan de Letran fué el Papa á San Pedro, en una magnífica carroza de seis caballos, precedido y seguido por sus guardias nobles pertenecientes á las primeras familias de Roma, y acompañado ademas de sus cardenales y del cuerpo diplomático. El cortejo pasaba en medio de un bosque de bayonetas inclinadas ante toda una nacion arrodillada, bajo los arcos de blancas banderas, y atravesando nubes de flores.

Parecia que no bastaban los dilatados ámbitos del aire á las aclamaciones de la gran ciudad católica, de la reina del mundo cristiano. El Vaticano recobraba á la par su poder y su prestigio, y la Europa iba á inclinarse de nuevo ante sus antiguas glorias. La república mazziniana se habia desvanecido como un sueño de miseria y oprobio. Roma, la primera de las potestades, porque estiende una mano sobre la tierra, y se apoya con la otra en el cielo, Roma habia lavado sus manchas y reconquistado su corona.

Y durante la noche de este feliz dia, ¡qué inmenso mar de resplandores! La cúpula de Miguel Angel, iluminada desde la basa hasta la cúspide, dominaba la ciudad entera con sus masas de fuego. La torre y el palacio del Capitolio resplandecian; la metrópoli centelleaba.

Desde el Capitolio al Pópolo, desde el Pincio al Vaticano, no habia una casa, un pórtico, una ventana, una azotea, un balcon, que no estuviese espléndidamente iluminado con morteretes de todas formas, vasos de

todas dimensiones, faroles de todos colores. La multitud circulaba alegremente entre paredes de fuego, en medio de una fila de coches descubiertos. Se diria que era un vasto incendio, o mas bien una aurora inflamada; porque no habia allí brasero revolucionario; porque Roma, descendida allí anticipadamente de los cielos, parecia presentar á la vista *la nueva Jerusalem*.

A lo lejos todas las capitales del mundo cristiano saludaban en aquel momento á Roma salvada. Paris, el verdadero Paris, suspiraba: ¡cuántas almas decian allí por lo bajo!

“¡Tambien nosotros necesitamos un salvador! ¡Tambien nosotros necesitamos la entrada triunfal de la justicia y del derecho en nuestros muros! ¡Oh! en un dia como este, Paris, la reina de las naciones, dejaria atrás en sus alegres solemnidades, todas las solemnidades de otras capitales, todas las fiestas de las edades pasadas, todas las maravillas de la época presente. Roma pacificaba á algunos pueblos: Paris habria salvado al universo.”

Todos los prohombres de la *unidad italiana* habian desaparecido sucesivamente ante la razon pública, cual se disipan los negros vapores de la noche á la venida de la rosada aurora. Sofocadas y vencidas al cabo las revoluciones, habian huido sucesivamente de todos los campos de batalla en que no parece sino que aparecieron para deshonor de la gloria. El órden renacia en Europa, y tras el tumultuoso hipo de los pueblos delirantes, comenzaban otra vez á respirar las naciones.

El Genio de Paris, que bate siempre sus alas sobre todas las capitales de la civilizacion, habia prestado auxilio al movimiento reparador, entre tanto que le llegue la hora de su reparacion propia. A un mismo tiempo y en diversos lugares acababa de hacerse un gran experimento: la república, siniestro sueño de los pueblos, se habia ostentado triunfante, y no dejaba en pos de sí mas que crímenes, sin haber producido un solo hombre.

Los grandes revolucionarios de la Italia Roja habian tenido el poder en sus manos y podia juzgárseles por sus obras. ¿Qué hicieron? Los unos, mirmidones mata sietes, anonadáronse cobardemente en presencia del acero desenvainado ante ellos; los otros, huecas vanidades y pretensos modelos en materias de gobierno, ó fueron dilapidadores odiosos, ú organizadores inhábiles, ó ridículos perseguidores, que despues de haberse servido del pueblo como de pedestal para encaramarse al poder supremo,

ellos, los charlatanes filántropos, cayeron de bellaquería en bellaquería, de decepcion en decepcion, de ruina en ruina, no dejando en pos de sí mas que ignominiosos recuerdos, probadas rapiñas y mares de sangre.

Para verlos engreídos con la idea de que hacían temblar al mundo entero, bastaba que la modesta credulidad les prestase atento oído; y al revés, para que ellos temblasen realmente ante todo el mundo, no era menester mas sino que cualquiera les mirase altivamente y cara á cara.

El que mas de entre ellos, no pasó de ser un meteóro desprovisto de calor y de brillo, tan incapaz de crear como de vivificar cosa ninguna. ¿Que nos han dejado, si no, esos falsos Licurgos? La destruccion y el desórden. ¿A dónde se metian todos esos Wallaces de pacotilla en los momentos de azar y de peligros? Cuando no andaban huyendo en sus miserables escondrijos, ¿de qué dieron muestras esos Solones en parodia? De estravagancia y de necedad. Ni una sola de las ideas que sembraron pudo germinar, crecer, ni dar fruto, porque nada habia en ellas fuerte ni durable. Así fué, que no obstante sus vanos esfuerzos por aparecer con aire de colosos, sus elevaciones y caidas no pasaron nunca en último resultado ni un punto mas arriba del suelo.

Siempre tenian en los labios el nombre de Jesucristo; y varios de estos adoradores de la fé católica se hicieron protestantes en Lóndres y musulmanes en Constantinopla. Todo, bien considerado, no dejaban de estar al unison sus convicciones religiosas con sus creencias políticas; porque tan sinceras eran las unas como las otras.

Y sin embargo, los mismos pueblos italianos, tan á menudo y con tanta sinrazon tachados por los regeneradores de incapaces, indolentes, apáticos y cobardes; esos mismos pueblos mostraron en mil ocasiones su noble abnegacion y su valor admirable mientras duró la famosa cruzada; solo que la revolución, jugando con su entusiasmo, no supo ni mandarlos ni conducirlos, y si únicamente cegarlos, engañarlos y perderlos, haciendo del valor un error, y del triunfo un precipicio; prometiéndoles la edad dorada, y no dándoles sino el caos.

¿Qué se han hecho los Mazzini, Sterbini, Gioberti, Mamiani, Canino, Guerrazzi, Romeo, Montanelli, Manin, Garibaldi, Tomaseo, Salicetti, La Massa, Ferreti, Comforti, Belgiojoso, Mileti, Carducci, Durando, Pepé, Cicero Vachio, etc., etc., etc.? Al pasar á la hila por el lienzo todas estas figuras de linterna mágica revolucionaria, no han dejado señal ni impresion durable: el viento avivó las luces, y el fuego rompió los cristales.

Pero ¿se ha concluido todo? ¡Ay! no; que el genio de la demagogia, divinidad turbulenta y feroz, Tétates fatal y sanguinario, subsiste to-

davía y comienza á levantar otra vez su horrible cabeza. El "comité central democrático europeo" reunido en Lóndres se ha reorganizado en secciones; las sociedades secretas se reforman, obran trabajan y conspiran por todas partes. Mazzini publica nuevos manifiestos en los cuales declara que "sus fuerzas son inmensas, y que la victoria no depende sino de un mero problema de direccion." "Preciso es que de hoy mas, dice á los suyos, sea el pensamiento la semilla de una accion continua; que toda idea se convierta en acto; que cada individuo represente un elemento, y que la concentracion sea el secreto de la victoria (1)."

¡Y que tales cosas se impriman!... ¡y que haya aún quien las lea!... ¡Ah! nunca faltarán revolucionarios y fanáticos, porque tampoco dejará de haber necios é ilusos.

Las potencias de casualidad, á cuyo frente está Mazzini, maniobran hoy en Viena como en Lóndres; es decir, que se han hecho *anglo-austriacas*, y si se las deja obrar pueden concluir por conceder á Alemania la mayor parte de Italia. Lord Palmerston es aun el sumo pontífice de la *Península roja*, si bien es cierto que no mira como cosa seria eso de la *independencia mizziniana*, y que solo se vale del antiguo triunviro como de un instrumento; pero ¡cuenta con él! que ese instrumento es una máquina infernal con dos bocas, que así puede dar la muerte á los que de él se sirvan como á aquellos contra quienes se dirige.

No nos abandonemos á una seguridad engañosa. Mientras que la Francia brieiga y se agita entregada á los azares de su precaria situacion, esperando una solucion final, por valerme de la palabra consagrada de nuestra época, los rojos de Paris y de Roma se lisonjean de llegar tambien por su parte, abriendo otra vez sus arsenales clandestinos, á su última *solucion*: al triunfo del *socialismo*. No ha sido otro el objeto de la venida de Mazzini á Paris el verano último. Asegúrase que el nuevo periódico la *Voix du Proscrit* va á servirle de órgano; y mientras que con sabia prudencia no trabaja ahora la Europa sino en cortar, desarmar y hundir en el polvo el sangriento hocico de la revolución, los *Titanes* de la regeneracion *comunista* no piensan mas que en *escalar el edificio social* y pulverizarle para siempre bajo el acerado talon de la demagogia.

Y no es solo esto: el extriunviro de Roma que no renuncia á la esperanza de mandar otra vez en el Capitolio, organiza una sociedad en comandita de diez millones de francos, para proporcionarse medios de llevar lo mas pronto posible á su querida Italia los beneficios de la guerra civil. Reproduzcamos uno de los artículos de la circular de Mazzini sobre lo que él llama "empréstito nacional europeo."

(1) Véase l'Evenement, número del 23 de Octubre.

“Las sumas entregadas se destinarán exclusivamente á la compra de las armas y materiales de guerra necesarios para asegurar á la Italia su libertad é independencia..... No podrá ser distraida parte alguna de los fondos del empréstito, para *socorros de ninguna especie.*”

¡Admiremos aquí la caritativa y moral filantropía de nuestros señores del Comité rojo! No puede ser mas franca la confesion de su patriótico objeto: “¡Guerra de esterminio á la Península, y nada de socorros para los desgraciados!” Degollar implacablemente á cuantos se opongan á su desenfrenada ambicion; y en medio de tan fraternales luchas; caminar impávido sobre ruinas y sangre!.....

¡Compasion! ¡Caridad! ¡Qué palabras tan retrógradas! ¡Perezca mil veces toda una nacion antes que el principio revolucionario!

¡Gloria al manifiesto del Comité rojo! ¡Bien por la guerra civil en participacion! ¡Bien por la ruina de Italia en comandita! ¡Y el lord Palmerston tolera tan audaces publicaciones! ¡y Lóndres pasa por esa ignominia!.....

Apartemos empero la vista de tan sombrías imájenes. Dios no puede permitir que la tierra quede abandonada á la supremacia del desórden. Las repúblicas están juzgadas, y la iniquidad no tiene mas de un tiempo.

Consagremos estos últimos renglones al mas bello país de Europa. ¡Ah! digan lo que quieran sus detractores, la bella y poética Italia no ha degenerado ni decaído: aun encierra en su seno ánimos rectos y nobles corazones, cuya lista seria mil veces mas larga que la dada poco antes de los revolucionarios funestamente célebres. Italia aprenderá al cabo á discernir sus verdaderos amigos de sus pérfidos consejeros; no es posible que se apague en ella el fuego sagrado de sus antiguos tiempos. La que fué patria de los Césares, la privilegiada tierra del sol, de la naturaleza, de las artes y del ingenio, no puede dejar de ser eternamente el campo abierto á la admiracion de los entusiastas y de los literatos. Italia fué la reina del mundo: Italia no perecerá. El tiempo tiene fijes en ella sus ojos.

FIN.

INDICE

De los capítulos contenidos en esta obra.

	Págs.
PREFACIO.....	v
CAPITULO I. Francia.—Suiza.—Las sociedades secretas.—Mazzini, Gioberti y Rossi.—Vida y muerte de Gregorio XVI.....	1
CAPITULO II. Advenimiento de Pio IX.—Amnistía y festejos.—El conde Rossi.—La consulta de Estado.—Tumultos y conspiraciones.—El abate Gioberti y el padre Ventura.—El Sunderbund y Cicero Vacchio.—El 24 de Febrero de 1848.....	14
CAPITULO III. Conflagracion general en Italia.—Insurreccion de Milán.—Revolucion de Parma.—República en Venecia.—Espulsion de los jesuitas de Roma.....	32
CAPITULO IV. Guerra de la independencía.—Manifiesto de Cárlos Alberto.—Partida del ejército piamontés.—Partida de las legiones romanas.....	39
CAPITULO V. Nuevos desórdenes en Roma.—Brillante comienzo de Cárlos Alberto.—Unidad italiana.....	46
CAPITULO VI. Situacion de Nápoles, de Venecia y de Florencia.—El abate Gioberti en Roma.—El Tedeum de los Teatinos.....	54
CAPITULO VII. Reveses de la Jóven Italia.—Batalla de Custoza.—Derrota de Cárlos Alberto.—Capitulacion de Milán.—Triunfo de Radetzky.—Nuevos desórdenes en Roma.....	58
CAPITULO VIII. Florencia.—Insurreccion de Liorna.—Programa de Montanelli.—Catástrofe en Roma.....	65